

artista y hondura de filósofo se mezclaban, armoniosamente, en el relato de viaje de un maestro universitario en vacaciones. La vena descriptiva que corría, como arroyo diáfano y se engrasaba, aquí y allá, como río caudaloso, era de una encantadora originalidad. Embebecido la seguía el ánimo, como un niño sigue, corriendo por la orilla, el curso, de plata trémula, de la corriente. El profesor Alfredo Panzini contaba, en un estilo impregnado de humorismo sapiente, las aventuras de un alma de poeta contemplativo a través de las maravillas de la Naturaleza.

Entre los episodios, de apariencia cándida y de intencionado fondo, del libro, hay uno muy interesante y muy breve, y que el profesor Panzini borda con sutiles reflexiones. Dos niños, en un pedazo de playa del mar Adriático, juegan desnudos, entre las olas, que los acarician con maternales complacencias. Uno, «Robertino», es un chiquillo naturalmente bueno. Su estructura moral está plasmada por los suaves dedos de la bondad ingénita. Otro, «Negrito», es un rapaz que muestra, desde el amanecer de la conciencia, una inclinación espontáneamente malévola. Se diría que ha nacido para el daño, y posee, desde luego, cierto vigor de carácter para el ejercicio de la crueldad. «Negrito», jugando a la

orilla del mar con «Robertino», es asaltado por su instintiva tentación. Agarra a su compañero por el cuello, lo domina, gusta verlo debatirse debajo del agua removida, y de bracear en la desesperación de los primeros síntomas de la asfixia. La dramática travesura termina porque la mamá de «Robertino» acude en auxilio de su hijo y reprende, con la dulce aspereza de las mujeres que aman a los niños, al chiquitín maldadoso, que la mira con sus grandes ojos indiferentes, más que indiferentes asombrados, en los que el profesor Panzini leyó: —«Pero si yo me estaba divirtiendo en ver la sofocación de «Robertino» en el agua, bajo mis manos; ¿por qué me reprendéis? El se esforzaba; yo me esforzaba más todavía.»

Y el poeta medita: «¿Por qué es así «Negrito»? ¿Acaso, al echarlo al mundo, dijeron sus padres: queremos que la criatura que nazca de este amor nuestro sea feroz? No; ningún padre hace jamás semejantes augurios. Y el profesor, con penetrante análisis, va observando, observando las pequeñas crueldades humanas—admitidas por el progreso—, y que, sin embargo, entristecen el elevado sentimiento de piedad que se agita en el pecho de los hombres de bien.





Después de haber leído «La linterna de Diógenes», de Alfredo Panzini, leo, hoy miércoles 15, la primera plana de un diario de la mañana. Unas cuantas horas de reposo separan mis dos lecturas: la del libro y la del periódico. Y, no obstante, encuentro en ambas, relaciones y afinidades sorprendentes. No es ya el profesor italiano el que comprueba, en las riberas del Adriático, en un episodio infantil, las tendencias divergentes de la especie, la ferocidad innata y la misericordia de propio movimiento; soy yo mismo, un lector de la prensa habanera, un pobre observador de la vida, quien se entera de que la maldad y la bondad caminan juntas, tan juntas que caben ampliamente, en un exiguo reflejo del mundo, en una plana de periódico. Y lo que me ha causado extrañeza no es precisamente el contraste, sino la particularidad de que aquí también, como en Bellaria, sean niños los que marquen y señalen el abismo bíblico que separa a los ángeles de luz y a los ángeles de tiniebla.

Estos son los títulos de las dos importantes y reveladoras noticias: «La fiesta de los niños triunfadores». «La historia de un niño-diablo». Quiero enredar, con unos cuantos cordelillos frágiles, de superficial digresión, esta vulgar antítesis.

Mientras el espíritu de un solitario se entretenía con las sugerencias de un libro sincero, a pocos pasos, en el Teatro Nacional, desarrollábase, en realidad deslumbradora, un cuento de Grimm, quiero decir, una fiesta infantil.

La crónica de esta linda velada es simple narración del periodista que, urgido por el tiempo, no alcanza a entregar sino sencillas enumeraciones a las devorantes fauces de ese monstruo complicado que se llama una rotativa. Y, a pesar de ello, con sólo enunciar, al vuelo de la pluma, trajes, telas, joyas, incidentes y peripecias del programa, la columna «reporteril» chispea como si en la tinta de imprenta hubiesen revuelto polvo de vidrio. Los nombres de los chiquitines se abren paso por entre las sedas, las gasas, los terciopelos y las flores. Por ahí va una cabecita de querubín que bajó del cielo con peluca empolvada. Más allá viene una Madame Pompadour liliptuense, contoneándose bajo la falda rameada. Y cruza un enano Luis XIV con la empingorotada peluca de bucles, la casaca de raso moaré, el zapato de hebilla de oro y tacón rojo, y en la manecita que sale de la corola de espuma de los encajes, el alto bastón de cuyo puño cuelgan cintas de colores vivos. Casacas bordadas, flordelisadas chupas, bracitos femeninos, de sonrosada



carne, colgando, como de una volante nubecilla, de una túnica blanca; restiradas medias sedañas que sujeta la cortesana jarretera; y tocados, joyeles, plumas, perlas, diamantes, esmeraldas de verde marino, rubís de sangre de lucero, y mejillas de tersura rosada, y rizos de oro solar, y ojos de fulgor paradisiaco, y por encima de todo, y alrededor de todo y por dentro de todo, un aire de alegría candorosa en el que aletean, como canarios en pajarera, las infantiles y locas risas. El ceremonial de una inocente corte de amor, con sus damas parsimoniosas y sus galantes caballeros; el sarao con su minué mozartiano, de ritmo seguido a caravanas lentas, por figuras de Watteau miniado; la procesión de chiquillos que semejaba el friso animado, de una decoración humorística; el Rey, la Reina, la Nobleza; el Duque de Borgoña, dando el brazo a una hada; un trovador persiguiendo a una *serpentina*; una princesa medioeval departiendo con una zingara; todo anacrónico, alborotado, colorido, en una adorable fantasmagoría que daba contento a los espectadores interesados, a los padres que sonreían con orgullo, a las madres que veían con júbilo humedecido en lágrimas. El regocijo del hogar, vuelto pompa, salía a celebrar, en un teatro, la fiesta del candor y de la bondad. Allí la

felicidad, acompañada por un coro de serafines, cantaba el himno de la vida jocunda y misericordiosa. Al regresar a casa los ataviados infantiles, serían acostados en sus mullidos lechos por unas manos temblorosas todavía de emoción. Y a muchos los arrullaría una voz, más blanda que el terciopelo de sus mantos y más pura que el brillo de sus toisones. Y esa voz cantaría palabras semejantes a las del villancico de Lope:

Pues andáis entre palmas,  
 ángeles santos,  
 que se duerme mi niño;  
 tened los ramos...



Al otro lado de la misma plana se extiende, entre las rígidas paralelas de los corondeles, como marcha un reo entre dos filas de soldados, la noticia que lleva por título: «La historia de un niño-diablo». Esta sí que tiene literatura, frases retóricas, símiles, tropos, elegancias. Fué quizá escrita con menor precipitación, calculando efectos, buscando epítetos, esbozando, verbalmente, ya el retrato del pillín endiablado, ya una pequeña marina azul, ya, en fin, el alma indómita, caprichosa y atolondrada de Juanita Soler.



Se trata de un muchacho que vino a la existencia con el ansia de hincar el diente recién brotado de la encía en la edénica manzana del placer. Quiso, no bien anduvo, correr tras la mariposa del deseo que, al principio, lo sacó de la escuela y lo llevó con los arrapiezos de la playa; y luego, lo alejó del regazo materno, y, en seguida... —¡ah!, esta mariposa del deseo, agitando los pétalos de las alas y produciendo así el vértigo y la fascinación, hace caer en el precipicio a sus incautos perseguidores — en seguida se paró en la pringosa chapa de un baúl, y el rapaz que la quiso atrapar rompió la cerradura, abrió la caja y robó las monedas ahorradas, a fuerza de sacrificio, por el padre trabajador y previsor. El ladrón salió en busca de la fugitiva mariposa que, para tentar al chico, se detenía, no de rosa en rosa, sino de *ford* en *ford* de los muchos que se deslizan por el asfalto de las calles de la Habana. Del primer robo al segundo, no hay más distancia que la que se prolonga, en el tiempo, entre el primero y el último *dólares* gastados en las prematuras francachelas. La mariposa iba de acá para allá, y el niño, que quería darle alcance, iba creciendo a la vez que anhelando; y de traspies en traspies, de aventura en aventura, de desamparo en desamparo, cayó de bruces en

el borde del abismo, de donde, para que no rodara más, lo recogió la Policía. Con autorización del padre la autoridad piensa recluíra este pigmeo delincuente en una escuela de corrección. En ese presidio infantil se verá si Juanito Soler puede, por medio de un tratamiento educativo, enderezar sus inclinaciones y desvíos hacia un grado de perfección moral que le permita sujetarse, sin vulnerarlas, a las leyes sociales.



Y yo me digo: este Juanito Soler es un tipo común de maligno; una semilla de crimen; una promesa de presidio. Hay dentro de él, latente, la conciencia de un malhechor. Un cachorro de maldad se agazapa por bajo la incipiente maleza de ese espíritu perturbado ya por una amoralidad en cierne. Pronto, posiblemente, el cachorro será león. ¿Vago? ¿Licencioso? ¿Homicida? ¿Un inútil, o un perverso?

Y así van, en procesión tenebrosa, los deformados psíquicos, los inválidos del bien, los mutilados de la probidad, los que nacieron defectuosos del sentimiento o de la razón, los degenerados hereditarios, los infortunados del atavismo que durmió generaciones, y, de repente, despierta, con extraños ímpetus y formas, en una con-



ciencia nueva; allá van los que por miopía moral ven el universo interior caricaturizado, absurdo, monstruoso, y unifican los velados matices de la virtud con la nube roja, con la visión cegadora, engendrada en el impulso nativo de matar cuando la vida ajena es un obstáculo para alcanzar la mariposa de Juanito Soler. Esta no es una corte de amor, sino una corte de odio, de iras que gruñen, de rabias que tiemblan: es una Corte de los Milagros. Hay en ella, viejos que arrastran su miseria o que hipócritamente se deslizan, escaleras arriba, al piso de las gentes honradas; hay hombres que ocultan su llaga para exprimirla en primera oportunidad, y pudrir carne sana; hay niños perversos, inconscientes, que desde sus cándidas travesuras dejan salir a flor de piel la recóndita maldad que ellos ejercitan sin saberlo, por infortunio, porque sí. ¿Hasta dónde el medio corrige y modifica estos instintos de ferocidad que, aunque muy menguados y débiles, todos sentimos, de cuando en cuando, removerse, como fieras en jaula, en la sombra de la subconsciencia? Yo creo en la obra apacible, segura, de la educación; pero, en ocasiones, frente a ciertos ejemplares dolorosos, me impaciento, y quisiera que el progreso —¡necio de mí!—fuese más rápido. Veo que, mo-

ralmente, la humanidad sufre retrasos y perturbaciones inquietantes, y deseara, con imposible aspiración, que el perfeccionamiento corriese parejas con la brevedad de mi vida.

Asisto, con mis contemporáneos, a un espectáculo gigantesco, de efusión de sangre. Y tengo la convicción, y en algún día próximo éste será tema de mis lucubraciones, que si la ferocidad ha ensanchado sus dominios, al par de ella, cerca de ella, provocada por ella, la piedad humana, ha extendido sus elevaciones y sus milagros.

La ironía punzante del profesor Panzini resulta un juguete epigramático: Es verdad —dice él—; todavía para comer «polenta» con pajaritos precisa un poco de efusión de sangre.



Y reflexiono en que mientras a los niños buenos, después de la fiesta infantil, los arrulla la canción maternal, a estos otros niños, a los malos, sorprendidos en sus delincuentes travesuras, los tiene, por fuerza, que tomar de los hombros la Ley—su severa madrastra—, y en la puerta de un establecimiento correccional decir a cada uno imperiosamente: —¡Entra!



## LAS FRONDAS DE LOS JARDINES Y LAS MISERIAS DE LOS HABITANTES

A lo largo del Prado, en la Plaza de Martí, en el parque de Colón, hay árboles frondosos. Las copas más altas y tupidas son ciudades aladas. Por las tardes, en torno de aquellos pabellones de hojas, los pájaros hacen bulliciosas locuras, círculos vertiginosos, rápidas deltas, complicadas rúbricas, efímeras geometrías. Los pájaros, contentos de vivir, aprovechan las últimas luces del crepúsculo. El sol del día los ha obligado a buscar, durante horas enteras, la frescura de los follajes, y tienen necesidad de agitar todavía las alas para poder dormir tranquilos. Cuando cae la sombra y ellos entran en sus palacios de ramas, siguen cantando durante algún tiempo; y no cesa el orfeón aturdi-

dor hasta que, ya en completa obscuridad, cierra la noche. Nadie interrumpe el sueño de estos alharaquientos vecinos de los jardines. Mientras hay claridad, corren por el viento, ensayan acrobatismos en los alambres aéreos, decoran azoteas y cornisas, y suelen detenerse en cualquier proyección de sombra que les permita reposar un instante.

En la Habana, no es raro ver caminar, a graciosos saltitos, sobre el asfalto del pavimento, a estos dominadores de los aires. Gorriones y golondrinas andan por el suelo sin que les importe el ir y venir de los transeúntes. Saben bien que no existen en esta buena ciudad quienes puedan hacerles daño. La gente los mira y sonríe. Los chiquillos maldadosos detienen bruscamente su carrera de patines, para saludarlos. Un gorrion en la Habana es un ciudadano en el pleno uso de sus derechos. Lo cual prueba la ingénita bondad criolla. No creo difícil que alguna vez los muy pícaros picoteen las flores de trapo de los sombreros femeninos, o se posen, como en el gallo de una veleta, en el *canotier* de un joven elegante. Los gorriones de la Habana están educados como las palomas de Venecia: en la seguridad del respeto humano. Mas aunque así no sucediese, los pájaros pueden cometer a sus an-



chas todas estas imprudencias, tener todos estos atrevimientos. Ya lo dijo el poeta:

El ave canta aunque la rama cruja.  
¡Cómo que sabe lo que son sus alas!

Y por final de sus correrías urbanas, gorriónes y golondrinas duermen toda la noche dentro de sus verdes escondites. La Habana es ruidosa por naturaleza. Son ensordecedores, por el día, el ajeteo del trabajo, y por la noche, el bullicio del placer. Pero los pájaros parece que ya se acostumbraron a vivir, digo más, a dormir, dentro de ese inmenso cascabel. Meten, de seguro, la cabeza bajo el ala, y les importa un bledo que se desplomen los astros.



Mas los árboles, seres bondadosos por excelencia, son, a la vez, como lo canta la copla antigua: abrigo de aves y refugio de peregrinos. A ciertas horas de la mañana, en paseos y jardines es una delicia sentarse en la banca que está sombreada por un espeso ramaje. Todo el aire está inflamado de oro ardiente. El sol quema y deslumbra. Hay tanta luz, que los ojos, heridos por ella, van como borrachos de reflejos. Y cada

rayo es una saeta de fuego que, penetrando en nuestro cuerpo, lo tortura. La atmósfera nos clava en cada poro un alfiler dorado. Vamos por las calles, estrechas en general y con aceras incómodas, ansiando la franja negra de la sombra, como quien ansía la salvación en la desesperación. El viento mismo está aletargado e inmóvil. De él se puede decir lo que de los moribundos en los últimos momentos: ya casi no respira; ni él ni nosotros. La luz y el calor son como el vino; a grandes dosis, embriagan. Y, a veces, matan. Eso vamos pensando... y, de repente, a lo lejos, nos llama la atención un árbol. Cualquiera creería que se compadece de nosotros. Nos figuramos que, si lograrse mover una hoja, nos llamaría. Pero la brisa no le ayuda, no lo impulsa. Lo vemos inclinado sobre una banca de palo o de hierro. Sentimos que aquello es una invitación; corremos. Nos arrellanamos en el público asiento como en una butaca familiar. ¡Ah; qué sombra tan fresca, tan perfumada, tan azul! ¡Qué lindo dosel de verdura nos ofrece un *flamboyan*, alamarado de rojo, o un cincelado fresno! Es un regalo de reyes, un favor de dioses el que nos brinda el árbol del jardín metropolitano en una siesta estival.

Pero éste es el servicio corriente, es la gracia



vulgar. A la luz del día, en pleno tráfico, en la batahola de la vida inquieta, el árbol es de todos y para todos: hombres y pájaros, ricos y pobres, ancianos y garzones, preocupados y desocupados, recurren a los beneficios de las frondas.

En la noche ya es otra cosa. El árbol otorga dones más piadosos; cumple más sagrados deberes. Mientras brilla el sol es la bondad amable: cuando se extiende la obscuridad es la misericordia vigilante. Esto no lo alcanzan a saber, a contemplar, por lo menos, el burócrata honrado que no sale de casa después de comer, ni el aristócrata satisfecho que, en su elegante «máquina», pasea su felicidad por el Prado y el Malecón, ni el burgués egoísta que solaza sus fastidios en la mesa del café favorito. Unos cuantos trasnochadores, otros cuantos observadores, tal cual retrasado de la «última tanda», y la policía de la ciudad, lo ven cotidianamente. Es un cuadro de sordidez y de dolor. Es un espectáculo de horror y de miseria.



En ciertos lugares, en la calzada de este jardín, en un sitio de aquel paseo, donde es más fuerte el contraste de luces y tinieblas, bajo las protectoras negruras de los ramajes, dentro de

las altas manchas de sombra de las yerbas y de las plantas, en la fila de bancos que imita las calles de los parques, están otras manchas, apenas distintas para el transeúnte que pasa frente a ellas. Es preciso que los ojos, azorados, hagan un esfuerzo para percibir que aquellas formas, silenciosas e inmovilizadas, son hombres. Indumentarias de harapos; sombreros extravagantes, de basurero; polvoso calzado, de increíbles deformaciones; cuerpos en ridículas posturas de fatiga o acecho; cabezas demoníacas o ridículas; gestos hipocráticos o feroces; manos de crispadura de garra; bocas de *victus* famélico. Algunos ojos incrustados, como carbunclos, en la tiniebla, lúcidos de crimen o desesperación. Algunas existencias, vencidas aquí y allá, por el sufrimiento y por el sueño. Todo un lienzo, un amplio lienzo, una pintura mural, de dolor, de vicio y delincuencia. En la Habana este mundo funesto de la abyección, la congoja y la incuria, tiene un nombre peculiar. Estos hombres se llaman *los habitantes*. El vocablo resume su connotación. En el último peldaño de la vida social se agita esta gusanera, culebreando en fango. Más abajo que el pordiosero y que la perdida, que el granuja y que el «rata», se mueven taimada y solapadamente estos semi-fantasmas hu-



manos, la greña y el andrajo, la escama y el parásito, atenazados, atormentados por la necesidad; figuras amasadas con lodo de infamia y agua de lágrimas. Son las espumas de impureza que arrojan a la superficie los hervores de la vida. Son los inválidos del combate, los mutilados, los inútiles, los inadaptados; el estercolero del crimen, de la maldad, de la ignorancia; el depósito del vivir sin consciencia; del pecado sin arrepentimiento; del dolor sin esperanza. El que llega hasta allí cae como en un antro del que no se puede salir. Allí se diluye el último resto de ser moral, y se convierte en una de tantas burbujas del pantano. Es la vagabundería eterna que recoge de todas las razas, de todos los colores, de todos los crímenes, de todos los sufrimientos, sus huesos, como quien recluta un ejército; y las desparrama por el mundo. Es la vagabundería eterna, que pasa. Es el *habitante* que vela, en un insomnio lleno de terrores, en las bancas de los jardines públicos. Porque el *habitante* de la Habana está condenado, como Lady Macbeth, a matar el sueño. Los guardias rondan, en vigilia constante, para que estos pobres lobos desdentados, estas fieras hambrientas que quizá pueden aún echar el zarpazo, estos miserables, estos desamparados, estos tristes, no se habitúen

a transformar en lecho la banca de un paseo público. Ni la orilla del mar ni el asiento de un jardín. En la Habana no hay cotarros; no hay dormitorios de vagabundos. Se les deja libre el paso, pero no el sueño. Es un espectáculo siniestro el de estos forzados a vigilia perpetua.

\*\*\*

Por eso cuando leí ayer en un periódico el disparatado memorial de un *habitantes*, sentí lástima: «Señor juez—escribe, en suma—, me encontraba durmiendo en una silla del Malecón, y un vigilante me despertó con modales amenazadores.»

Infeliz condenado a insomnio, ¿de qué te quejas? Los guardianes cumplen con las disposiciones reglamentarias. Los que no tienen hogar; los que no encontraron trabajo o lo desdeñaron; los corroídos por la holgazanería y la miseria; los olvidados del presidio y del manicomio; los desdeñados del amor y de la piedad; las víctimas del vicio abyecto; los rumiadores de la venganza impotente, no tienen derecho al sueño. Una ciudad cobija tristezas; pero no incuba perezas ni maldades. Esa es su ley, y esa, su defensa.

Y entonces pienso en la misericordia del árbol que parece que, al mediar la noche, hace



más compacta su copa, más gruesas sus hojas, más apretadas sus ramas, para que, burlando la vigilancia municipal, en la sombra hospedadora y protectora, en la sombra que, a veces, es cómplice y encubre la maldad, pero que, otras, es santa y oculta, como en un regazo de madre viuda, al «hijo pródigo» de la vida, en la sombra oportuna y plácida, descabecen sus viejos sueños los *habitantes*.

El guardia pasará, golpeará con su palo la banca, despertará al amodorrado, será implacable. Pero el árbol no cesará en su empeño maternal de dar abrigo a los cansancios. Porque el árbol, que no conoce la organización social, ni las necesidades colectivas, siente que es una injusticia que arriba los pájaros duerman tranquilamente, y abajo los hombres ni siquiera puedan dormir unos instantes.

Es cierto que también en los follajes hay desvelados; pero el árbol no puede consentir en que uno y otro sean comparables. Abajo, la policía golpea la banca en que se amodorra un hambriento, un *habitante*, y arriba, rutilante de plata sideral, filtrada por un hueco del ramaje, un ruiseñor, apasionadamente, trina serenatas á una estrella coqueta que, para verlo, se asomó a la ventana azul de un celaje de la noche.

